

Reconstruir a partir de la esperanza

I

Hay días que sencillamente no son buenos. A veces suceden cosas que nos quitan el aliento y nos roban la tranquilidad. Los ejemplos pueden multiplicarse al infinito en la vida personal: desde los pequeños hechos que sin embargo complican la vida (como olvidar el móvil en la casa o perder las llaves del auto), hasta los grandes hechos que parecen atentar contra nuestro destino (como vivir una infidelidad conyugal o ser despedidos del trabajo). Los que más nos tocan son tal vez las que conciernen a la salud, por la inmediatez vivencial con nuestro cuerpo: desde un simple resfrío que nos impide ir a trabajar, una dolencia persistente de muelas, la fractura de un pie o de una mano hasta una operación de emergencia por apendicitis o el descubrimiento tardío de un tumor maligno.

Pero hay otras cosas que adquieren una dimensión transpersonal. Son todas aquellas que afectan a una determinada comunidad o incluso una nación entera. Aunque los implicados directamente en estos hechos son unos cuantos los afectados por ellos son en realidad todos los miembros, porque tocan los fundamentos en los que se asientan e introducen inestabilidad en la convivencia. Y esto, sin importar si son hechos producidos por la acción humana (como un atentado terrorista) o por consecuencia de meros factores naturales (como una nevada intensa). En México, durante los últimos meses, hemos vivido dos acontecimientos de esta índole: uno, a manos de la delincuencia organizada, que domina en grandes secciones del país; otra, a causa de un fenómeno natural que dejó a su paso efectos devastadores.

El viernes 11 de agosto de 2023, en la ciudad de Lagos de Moreno, Jalisco, cinco jóvenes que habían asistido a un conocido lugar de encuentro y diversión de la zona, fueron “levantados” por diez

hombres fuertemente armados que se los llevaron en dos camionetas sin mayores averiguaciones, al filo de la medianoche. Los padres de los jóvenes no volvieron a saber de ellos hasta la noche del lunes 14 de agosto, a través de una fotografía y un video que circulaba por la redes sociales. En la primera, se ve a los jóvenes en un terreno baldío postrados de rodillas, con los ojos descubiertos pero amordazados de la boca, con signos claros de haber sufrido violencia. En el segundo, se ve a uno de ellos golpeando a otro de sus compañeros con una enorme piedra, para minutos después cortarle el cuello con un cuchillo, mientras a un lado yacían bocabajo los cadáveres de otros dos jóvenes que parecían haber sufrido el mismo destino. Fueron obligados por sus captores a luchar entre sí hasta matarse salvajemente.

El martes 24 de octubre de 2023, la ciudad de Acapulco, Guerrero, fue tocada al filo de la medianoche por el huracán llamado “Otis” con una violencia tal que la redujo prácticamente a escombros en cuestión de pocas horas. Aunque las autoridades pertinentes habían hecho un seguimiento puntual del fenómeno climático desde días anteriores sobre la base informativa proveniente del Centro Nacional de Huracanes de Estados Unidos, su transformación de tormenta tropical (con vientos de 85 kilómetros por hora) a huracán categoría 5 (con vientos de 260 kilómetros por hora) en un trecho de tiempo relativamente corto impidió alertar a la población y ponerla a resguardo en sitios seguros. Los habitantes de la ciudad debieron enfrentar el fenómeno climático allí donde éste los tomó por sorpresa, con graves riesgos para sus vidas. Si bien las víctimas fatales no fueron muchas según los cómputos oficiales —unas cincuenta personas fallecidas y otras sesenta desaparecidas— los daños materiales fueron cuantiosos y la destrucción considerable. Se calcula que la reconstrucción del otrora famoso destino vacacional tomará más o menos dos años.

II

Días como estos dan a la vida un sabor aciago. Ante los ojos, el panorama se presenta nebuloso. Mientras el presente se experimenta con dolor, el futuro se aproxima con incertidumbre. En estas

condiciones, algunas personas son presas del miedo; otras, más bien, se dejan trastornar por la ira.

El miedo encoge el ánimo, al tiempo que despierta instintos egoístas, pues hace a las personas mirar sólo por sí mismas. La ira, por su parte, exacerba el ánimo, en tanto que busca desfogarse sobre otros individuos, ya que al final de cuentas alguien debe pagar por los platos rotos. El miedo pone a los hombres a la defensiva, pues consideran a los demás como amenazas; la ira, a su vez, sitúa a los hombres a la ofensiva, pues los demás no pueden ser más que culpables. El miedo da paso a una mirada melancólica sobre la vida; hace mirar hacia un pasado que no es posible recuperar de ningún modo. La ira, en cambio, enturbia la vida del presente, pues busca reparaciones cruentas aquí y ahora.

Los días posteriores a las desgracias mencionadas antes son muestra palmaria de ambas cosas. En Acapulco, por ejemplo, los saqueos a los supermercados y las tiendas departamentales dejaron traslucir el miedo de los habitantes. Aunque la escasez de alimentos y la falta de enseres de higiene eran patentes, las reacciones que asumieron colectivamente fueron desmedidas. A su vez, los reclamos encendidos de los pobladores ante las autoridades civiles locales y estatales mostraron a plenitud su ira. Si bien justificable hasta cierto punto por la lentitud de sus respuestas y la ineficacia de sus operaciones —dejando de lado por un momento su deleznable oportunismo político— también fueron comportamientos carentes de toda cordura.

Ambas emociones son muy distintas, cuando se comparan sus notas más inmediatas; pero en el fondo tienen en común la misma postura ante la vida: la desesperación o, mejor dicho, la falta de esperanza. Aunque el dicho popular afirma con gran seguridad que la esperanza es lo último que muere en los hombres, lo cierto es que cuando los sucesos de la vida nos toman por el cuello y nos asfixian, lo primero que vemos morir en nosotros es la esperanza; inmediatamente caemos en la desesperación. Y es comprensible, porque la imponente de los hechos ocurridos no permiten vislumbrar una salida. Sin embargo, la mejor puerta de escape a la tiranía de las circunstancias del momento es precisamente la esperanza.

III

No es fácil adentrarse a la naturaleza de la esperanza. A nuestros ojos se presenta como una realidad evanescente, más bien huidiza.

Por lo pronto, en ella hay una característica que nos incomoda. Pues la esperanza lo primero que nos recuerda es que ante las terribles circunstancias de la vida somos impotentes. Justamente por eso esperamos, porque las cosas sin más se nos escapan de las manos. Esperamos que nuestros asuntos tengan la solución debida porque nosotros no podemos darle la forma conveniente. Más que no saberlo, la cuestión es que no podemos. Eso es humillante. Pero si miramos esta característica con mayor detenimiento, en el fondo también es reconfortante, porque nos revela uno de los rasgos más positivos de la esperanza: la confianza. Esperar no es sino confiar, esto es, apoyarse, dejarse, abandonarse. Y esto tiene un enorme efecto sobre nuestro ánimo, porque destraba las tensiones y nos relaja. Quizá la imagen más bella de la esperanza bajo la forma de confianza sea la del niño dormido a profundidad en los brazos de su padre, y mejor aún, en el regazo de su madre. La belleza está en las facciones relajadas de su rostro, sin muecas de preocupación.

Otra nota de la esperanza que también nos incomoda es que no puede entenderse más que como petición. La forma común de entender la petición es como exigencia, como reclamo, como demanda, como solicitud de algo que nos es debido. Esta exigencia se duplica bajo la conciencia de que ese algo nos fue quitado, arrebatado, sobre todo con injusticia. Pero cuando nos adentramos poco a poco en el sentido genuino de la esperanza empezamos a verla como súplica de algo que tal vez no merecemos, pero de todos modos lo necesitamos. Y es por eso que rogamos, imploramos su llegada a nuestra casa, a nuestra mesa y, en última instancia, a nuestras manos. Desde este punto de vista, una bella imagen de la esperanza en su forma de petición, pero poco apreciada por prejuicios sociológicos, es la del mendicante. Es decir, la del hombre o mujer que va de plaza en plaza y de puerta a puerta solicitando a otros el agua y el pan de cada día y, una vez conseguidos, volver a pedirlos al otro día. Es la belleza de pedir desde la necesidad, pero sin pretensión.

Un tercer rasgo fundamental de la esperanza es su apertura serena hacia futuro. Todos los infortunios de la vida ocurren en un presente; pero, una vez que suceden, nos recluyen sin piedad en ese presente. Aquí y ahora, ante nuestros ojos pasmados, sólo hay desgracia. Y como ante estas calamidades interiormente respondemos con miedo o con ira, nuestro ánimo es de inquietud constante. Por eso, a parte de no poder ver una salida, nos sentimos oprimidos por una situación asfixiante. La esperanza introduce en el presente la perspectiva del futuro; nos hace ver no sólo lo que hay, sino lo que ha de ser. O mejor dicho, nos hace ver lo que hay a la luz de lo que ha de ser, invirtiendo de esta manera el orden de las cosas. Esto no deja de ser hasta cierto punto paradójico, porque lo que ha de ser aun no existe, mientras que lo que hay es lo que existe. Y, con todo, eso que aun no existe es capaz de transformar, a veces de raíz, lo que de hecho existe; da el carácter de “ventura” a todo aquello que tenía el signo de la desventura.

Un último aspecto a destacar de la esperanza es su veta creativa. La esperanza nos impulsa a emprender acciones nuevas, nos alienta a desafiar la adversidad de las circunstancias. En ningún momento, contrario a lo que habitualmente pensamos, la esperanza es pasiva. Aunque en este punto las palabras están en los límites de sus posibilidades expresivas, la esperanza nos hace tender siempre hacia el futuro, pero nunca nos pone en situación de “aguardar” de forma indolente a que suceda ese futuro. La esperanza nunca hace que nos crucemos de brazos, sino más bien, que pongamos manos a la obra, pues es la única manera de introducir el futuro en el presente. Esto parece estar en contradicción con lo que antes se ha dicho de la petición y la confianza, pero no es así. Pues el punto medular de la esperanza no está en lo que consigue o lo que logra, sino lo que nos pone a hacer; y lo que nos pone a hacer es empezar de nuevo, empezar siempre, empezar a cada rato: sin cálculos, sin reservas, sin cortapisas. En este sentido, una imagen bella de la esperanza es despertar por la mañana, todos los días, para comenzar las actividades de la jornada.

IV

Un pensador que ha escrito cosas muy luminosas sobre la esperanza es el poeta francés Charles Péguy. Se encuentran mayormente en un largo poema que lleva por título *El pórtico del misterio de la segunda virtud*.¹ Su punto de partida es ciertamente religioso, como se puede entrever por el título de su poema, pero en ningún momento es mojigato. Por eso, cristianos o no cristianos pueden reconocerse en sus palabras si tienen abierto el espíritu o, en este caso, si han experimentado la esperanza y de alguna manera se han dejado modelar por ella.

Péguy entiende la esperanza como una virtud; esto es, como algo que habitualmente ha de practicar el hombre. Pero es una virtud teológica, porque en última instancia remite a Dios como a su fuente. Está flanqueada por otras dos virtudes —la fe y la caridad— con las que forma hasta cierto punto un “sistema”. Con todo, y este es el meollo del poema, de las tres virtudes la supremacía corresponde a la esperanza. Aunque usa varias imágenes para referirse a las tres virtudes, la más recurrente en el poema es la de tres mujeres que viven juntas en la misma casa: equipara la fe a una esposa, a la caridad como una madre y a la esperanza como una niña pequeña, casi recién nacida. En el poema, quien habla de las tres virtudes es siempre Dios.

Dice Péguy:

La fe [= virtud] que más amo, dice Dios, es la esperanza.

La fe no me sorprende. No me resulta sorprendente. Resplandezco tanto en mi creación. En el sol y en la luna y en las estrellas. En todas mis criaturas. En los astros del firmamento y en los peces del mar. En el universo de mis criaturas. Sobre la faz de la tierra y sobre la faz de las aguas. En los movimientos de los astros que están en el cielo. [...]²

La caridad, dice Dios, no me sorprende. No me resulta sorprendente. Esas pobres criaturas son tan desdichadas que a menos

¹ *Le porche du mystère de la deuxième vertu*, Émile-Paul, Paris, 1911.

² Op. cit., pp. 19-20.

de tener un corazón de piedra, cómo no iban a tener caridad unas con otras. Cómo no iban a tener caridad con sus hermanos. Cómo no iban a quitarse el pan de la boca, el pan de cada día, para dárselo a desdichados niños que pasan. [...]³

Pero la esperanza, dice Dios, sí que me sorprende. A mí mismo. Sí que es sorprendente. Que esos pobres niños vean cómo pasa todo eso y crean que mañana irá mejor. Que vean cómo pasa eso hoy y crean que irá mejor mañana en la mañana. Sí que es sorprendente, y es seguro la más grande maravilla de nuestra gracia. Y yo mismo me quedo sorprendido. Y mi gracia tiene que ser en efecto una fuerza increíble. Y brotar de una fuente y como un río inagotable. [...] Qué grande tiene que ser mi gracia y la fuerza de mi gracia para que esa pequeña esperanza, vacilante al soplo del pecado, temblorosa a todos los vientos, ansiosa al menor soplo, sea tan invariable, se mantenga tan fiel, tan recta, tan pura. E invencible, e inmortal, e inextinguible [...]. Una llama inextinguible, inextinguible al soplo de la muerte. [...]⁴

Las tres virtudes, criaturas mías. Niñas, hijas mías. Son también como mis otras criaturas, de la raza de los hombres. La fe es una esposa fiel. La caridad es una madre. Una madre ardiente, toda corazón. O una hermana mayor que es como una madre. La esperanza es una niñita de nada. Que vino al mundo el día de Navidad del año pasado. Que juega todavía con el bueno de Enero. [...] Pero esa niñita atravesará los mundos. Esa niñita de nada. Sola, llevando a las otras, atravesará los mundos concluidos. [...]⁵

La pequeña esperanza avanza entre sus dos hermanas mayores y no se la toma en cuenta. Por el camino de la salvación, por el

3 Op. cit., pp. 23-24.

4 Op. cit., pp. 24-25.

5 Op. cit., pp. 26, 27.

camino carnal, por el camino escabroso de la salvación, [...] entre sus dos hermanas, la pequeña esperanza avanza. Entre sus dos hermanas mayores. La que está casada. Y la que es madre. Y no se le presta atención, el pueblo cristiano no presta atención sino a las dos hermanas mayores. A la primera y a la última. Que van a lo más urgente. En el tiempo presente. En el instante momentáneo que pasa. El pueblo cristiano no ve sino a las dos hermanas mayores, no tiene ojos sino para las dos hermanas mayores. La que está a la derecha y la que está a la izquierda. Y no ve casi a la que está en medio. A la pequeña, a la que va todavía a la escuela. Y que camina. Perdida entre las faldas de sus hermanas. Y cree fácilmente que son las dos mayores las que arrastran a la pequeña de la mano. En medio. Entre ellas dos. Para hacerla seguir ese camino áspero de la salvación. Los ciegos no ven, al contrario, que ella en medio arrastra a sus hermanas mayores. Y que sin ella no serían nada, sino dos mujeres ya de edad. Dos mujeres de cierta edad. Ajadas por la vida. Ella, esa pequeña, arrastra todo.

Porque la fe no ve sino lo que es. Y ella ve lo que será. La caridad no ama sino lo que es. Y ella ama lo que será. La fe ve lo que es. En el tiempo y en la eternidad. La esperanza ve lo que será. En el tiempo y por la eternidad. Por así decir, en el futuro de la eternidad misma. La caridad ama lo que es. En el tiempo y en la eternidad. A Dios y al prójimo. [...] Pero la esperanza ama lo que será. En el tiempo y por la eternidad. Por así decir, en el futuro de la eternidad. La esperanza ve lo que todavía no es y que será. Ama lo que no es todavía y que será. En el futuro del tiempo y de la eternidad.

Por el camino ascendente arenoso, difícil. Por la senda ascendente. Arrastrada, colgada de los brazos de sus dos hermanas mayores, que la llevan de la mano, la pequeña esperanza avanza. Y en medio entre sus dos hermanas mayores aparenta dejarse arrastrar. Como una niña que no tuviera fuerza para andar. Y a la que se arrastraría por esa senda a pesar suyo. Y en realidad es ella la que hace andar a las otras dos. Y las arrastra. Y hace andar

a todo el mundo. Y lo arrastra. Porque sólo se trabaja por los niños. Y las dos grandes no andan sino por la pequeña. [...]»⁶

Qué haría uno, qué sería uno [...] sin los niños. Qué vendría uno a ser. Y sus dos hermanas mayores saben bien que sin ella no serían sino servidoras de un día. Solteronas en una choza. En una cabaña destartalada que se arruina cada día más. Que se gasta poco a poco. Viejas que envejecen solas y que se aburren en una casucha. Mujeres sin hijos. Una familia que se extingue. Pero por ella, al contrario, saben bien que son dos mujeres generosas. Dos mujeres de porvenir. Dos mujeres que tienen algo que hacer en la existencia. Y que por esa niña pequeña que educan tienen todo el tiempo y aun la eternidad en la palma de sus manos.⁷



Este número de *Open Insight* contiene seis estudios. De Chile, Ezequiel Spector se plantea el problema de la no-identidad. El punto medular de este problema es explicar por qué los llamados “actos de creación” son moralmente incorrectos. Muchos pensadores han fallado en la respuesta a este problema porque esperan encontrar una sola respuesta al considerarlo un único problema. El autor propone una metodología diferente: considerar en el fondo varios problemas que exigen respuestas distintas.

De España, Rafael Castro defiende la existencia de estados mentales en sujetos carentes de lenguaje, ya sea porque aun no lo desarrollan (niños), ya porque no están dentro de ese horizonte (animales). El autor se vale de varios estudios psicológicos sobre la personalidad que consideran esos estados mentales a través de instrumentos aplicables a distintos tipos de sujetos, entre los que se encuentran los niños y los animales, sin depender de su estado de desarrollo.

De México, Ángel Xolocotzi aborda un momento específico de la biografía de Martin Heidegger: cuando fue excluido de la docencia

6 Op. cit., pp. 31-34.

7 Op. cit., pp. 49-50.

universitaria por sus compromisos ideológicos con el Nazionalsocialismo. El autor muestra al filósofo en el esfuerzo de retomar su actividad intelectual en los años cincuenta a través de lecciones privadas impartidas en su casa. Llamadas “talleres”, esto es, trabajo artesanal realizado con las manos, estas lecciones le dieron la oportunidad de repensar la naturaleza del filosofar, en contraposición a la actividad estandarizada de las universidades. Akim Erives y Elvira García, apoyándose en la construcción teórica de John Rawls sobre el sentido de la justicia presente en varias de sus obras, ofrecen una serie de elementos para fomentar una educación para la paz entre los distintos miembros de las sociedades. Su punto de partida son los llamados “sentimientos morales”, que fomentan situaciones de cooperación mutua y de solidaridad, sin comprometer su carácter racional. Luis Canela hace una detallada exposición de las tempranas “lecciones de Gotinga” de Edmund Husserl, donde el filósofo moravo se plantea el problema de lo imaginario en las matemáticas, sobre la base de dos conceptos fundamentales en un sistema axiomático: el de completud y el de variedad. Catalina Dobre analiza el concepto de persona elaborado por el filósofo ruso Nikolai Berdyaev, desde un punto de vista existencial, más que sistemático. Este concepto es definido como “personalidad”, para dar a entender dos cosas: por un lado, que se trata de una realidad espiritual que supera los límites biológicos y psicológicos de la especie y el individuo; por el otro, que es un sujeto capaz de responder éticamente a las exigencias de la vida desde la plenitud de la libertad, no tanto por los requerimientos de una sociedad.

El número se cierra con una reseña, a cargo de Osman Choque, donde presenta uno de los últimos libros colectivos sobre el pensamiento de Friedrich Nietzsche elaborados en Alemania. La obra se detiene en uno de los escritos del filósofo de Sajonia hasta el presente poco atendido: “El caminante y su sombra”.

Ramón Díaz Olguín
Centro de Investigación Social Avanzada
Querétaro, Querétaro
Enero de 2024